

Stephen Vizinczey

## La estética disidente

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

*Es preciso decidir qué es más importante para uno: vivir bien o escribir bien. No has de atormentarte con ambiciones contradictorias*

## I. LOS MANDAMIENTOS DEL ESCRITOR

A la edad de veinticuatro años cuenta Stephen Vizinczey, tras la derrota de la Revolución húngara, me encontré en Canadá con unas cincuenta palabras de inglés. Cuando me di cuenta de que era un escritor sin una lengua, subí en ascensor al último piso de un alto edificio de Dorchester Street en Montreal, con la intención de arrojarlo al vacío. Al mirar hacia abajo desde la azotea, con terror ante la idea de morir, pero todavía más de romperme la columna vertebral y pasar el resto de mi vida en una silla de ruedas, decidí tratar de convertirme en un escritor inglés. Al final, aprender a escribir en otra lengua fue menos difícil que escribir algo bueno y viví durante seis años al borde de la miseria antes de estar listo para escribir *En brazos de la mujer madura*.

Esta anécdota revela el temple de un escritor para enfrentarse a las desventajas de las circunstancias, pero también nos dice mucho respecto de la ambición de todo aquel artista que considere a la literatura como un mundo verdadero sin el cual el universo doméstico resulta menos real.

Estima el extraordinario escritor húngaro que él no hubiera podido llegar a escribir una novela como aquella si en vez de la literatura le hubiesen interesado los trajes o los coches. Otros escritores exiliados, que llegaron junto con él y que, para empezar a escribir, primero intentaron tener una "base financiera", abandonaron la literatura (o la literatura los abandonó a ellos). Hicieron mucho dinero, mucho más de lo que podría considerarse una simple "base financiera"; lo que jamás consiguieron hacer fue literatura: ni siquiera una página, ni siquiera una línea. La lección es clara: al final les gustó más hacer dinero que hacer una obra artística.

Para Stephen Vizinczey (nacido en Hungría en 1933), los mandamientos de todo buen escritor coinciden absolutamente en la fidelidad que debe guardarse a esa vocación: una fidelidad que nada tiene que ver con la falsa modestia ("las ambiciones pequeñas suscitan esfuerzos pequeños"), sino por el contrario con el legítimo orgullo de no permitir a nadie la acusación de que se está perdiendo el tiempo cuando se tiene la mirada perdida en el vacío.

Sólo aspirando a la grandeza se está en posibilidades de alcanzarla, piensa Vizinczey. Y esta aspiración tiene que ver, asimismo, con la comunión que se establezca con todos aquellos que consiguieron ser grandes a través de sus obras. "No dejarás pasar un solo día sin releer algo grande", aconseja.

En este sentido, las deudas de Vizinczey son muchas, pero sobre todo se sabe orgullosamente deudor de Kleist, Swift, Sterne, Shakespeare, Twain, Pushkin, Gógol, Tolstói, Dostoyevski, Stendhal, Balzac. Y no sólo de ellos, sino también de Bach, de Beethoven, de Mozart y de tantos más que en diferentes ámbitos del arte han puesto los hombros para que el ser humano alcance a mirar más arriba y para que el escritor consiga ser más escritor y más humano.

Para Vizinczey, el verdadero escritor debe luchar por complacerse a sí mismo, antes que pensar en el lector abstracto o en el círculo de críticos a la moda (generalmente ignorantes e incapaces de comprender el misterio del arte) que imponen los prestigios y convencen a las manadas dóciles para que pasten en el verde prado de la banalidad y el vacío espiritual. Luchar por complacerse a sí mismo, sí, pero también ser difícil de complacer y saber que las obras maestras de la literatura están hechas de grandes esfuerzos y no de chapuceras, perezas y complacencias; saber, en fin, lo que sabía Balzac: que "las obras del genio están regadas con sus lágrimas".



Stephen Vizinczey.

## II. EN BRAZOS DE LA MUJER MADURA

"Cuanto más generalmente se agrada, tanto menos profundamente se agrada", escribió Stendhal. Por ello, cuando un libro está presentado con el enfático rótulo mercantil que dice "3.000.000 de ejemplares vendidos en todo el mundo", uno tiene motivos de sobra para sospechar que puede tratarse de un fiasco, de una trampa. En todo caso nos enfrentamos a un riesgo que, a veces, vale la pena correr: comprar un libro muy bueno o uno muy malo o tan mediocre como los tres millones de personas que lo han adquirido.

En cuestión de literatura, el comportamiento actual de los lectores resulta muy extraño. El lector ya no suele creer que es inteligente porque es distinto, sino que quiere creer que es listo porque se parece a todos los demás. De este modo, deduce que un libro del cual se han vendido tres millones de ejemplares no puede ser malo, porque tanta gente no puede estar equivocada.

La realidad demuestra, por lo general que, en materia de libros, estos recursos mercantilistas, publicitarios más que literarios, son falsos: no siempre hay tantos lectores o compradores para tal libro, pero mientras mayor sea la cifra declarada, más grande es la posibilidad de que, en efecto, lo lean tres millones de personas.

Dicho todo lo anterior, los lectores mexicanos teníamos motivos suficientes para sospechar que *En brazos de la mujer madura* (1965; traducción al español, para distribución exclusiva en México, 1990) era otra más de las trampas de la publicidad. Pero si bien es cierto que comenzamos las primeras páginas con prejuicio y desconfianza, también es verdad que pronto cambiamos nuestra actitud por una entrega total hacia la novela. Apenas rebasadas las primeras veinte páginas, nos damos cuenta que *En brazos de la mujer madura* es una obra que no necesita, ni merece, de ese recurso publicitario amarillista, pues lo que vislumbramos es una auténtica gran novela que, finalmente, acaba por imponer su dimensión por encima de las desconfianzas iniciales.

Al cerrar el libro, tenemos la seguridad de que *En brazos de la mujer madura* no se parece a ninguna otra novela y

esto, además de su carácter ameno, la convierte en una obra original. Los amores de Andrés Vajda a lo largo de su adolescencia, juventud y madurez están narrados de una manera singular por un escritor que domina todos los recursos clásicos del realismo que hicieron grande a la novela.

El erotismo de Stephen Vizinczey es fino, mesurado, expresado más por la sugerencia que por la descripción explícita y desapasionada. Tal es la propuesta del autor dentro de un género maltratado por los pésimos escritores genealógicos. Un absurdo sería comparar esta novela con las de la época victoriana, clandestinas o no, llenas de descripciones pero ausentes de conflicto humano. Vizinczey ha escrito una novela erótica que puede leerse también sin privilegiar el erotismo, porque en ella está presente, todo el tiempo, la realidad contradictoria de los sentimientos; no se trata de un divertimento (como a final de cuenta lo es toda novela erótica o pornográfica), sino de una exploración en las profundidades del alma. A ello sumémosle el telón de fondo de la historia, que observamos lo mismo en la invasión soviética a Hungría —y las penas que ello engendra— que en la vida burguesa del Canadá y los Estados Unidos.

Hay en este libro un ajuste de cuentas con el pasado político y social de la Hungría soviética, sin que en ningún momento se caiga el pañuelo, en la ingenua denuncia. En alguna parte de la novela, Vizinczey pone en boca del profesor Vajda la siguiente declaración: "¡No encuentro palabras para expresar cómo aborrezco a los rusos! A mis alumnos no les gusta que hable de esto porque piensan que, en realidad, estoy abogando por la construcción de más misiles nucleares. No, por cierto; no creo en los misiles, pero es innegable que los grandes imperialistas de hoy son los rusos: no contentos con robar y oprimir a los nativos, además quieren ser amados. Por aquel entonces, uno de sus más detestables caprichos era el desfile obligatorio del 7 de noviembre para conmemorar el glorioso nacimiento de la Unión Soviética."

Y como este párrafo hay otros más que enjuician las realidades de Italia, Canadá y Estados Unidos, países a los que llega exiliado Andrés Vajda luego de la terrible represión soviética en Hungría en 1956. De alguna forma, Stephen Vizinczey podría afirmar, como Flaubert: "Andrés Vajda soy yo", no por deberíamos tomar al pie de la letra tal declaración que, estamos seguros, el propio Vizinczey no formularía así. Vizinczey sólo es Vajda en la medida en que su existencia le ha servido para modelar a este extraordinario protagonista de una novela espléndida que, con millones de lectores o sin ellos, nunca dejará de ser maravillosa. No en vano, un epígrafe de esta obra, tomado de Jean-Paul Sartre, expresa: "Todo nos viene de los otros... Ser es pertenecer a alguien."

Veinte años después de haber publicado *En brazos de la mujer madura* y al referirse al pecado de la vanidad, Vizinczey señala: "La mayor parte de los libros malos lo son porque sus autores están ocupados en tratar de justificarse a sí mismos. Si un autor vanidoso es alcohólico, el personaje de su libro descrito con mayor simpatía será un alcohólico. Este tipo de asunto es muy aburrido para los extraños. Si crees ser sabio, racional, bueno, una bendición para el sexo opuesto, una víctima de las circunstancias, es porque no te conoces a ti mismo lo suficiente para escribir."

Y añade: "Dejé de tomarme en serio a la edad de veintisiete años y desde entonces me he considerado sencillamente materia prima. Me utilizo del mismo modo que se utiliza a sí mismo un actor: todos los personajes —hombres y mujeres, buenos y malos— están hechos de mí mismo más la observación."

El mismo Andrés Vajda le dice a los lectores: "aunque espero que estas Memorias han de ser instructivas, no han de ayudarles a conseguir que las mujeres se sientan más atraídas por ustedes de lo que ustedes se sientan por ellas". En otras palabras, lo que uno recibe de las mujeres es el reflejo de lo que uno mismo entrega. ("Ellas les querrán y les dese-

DIRECCIÓN GENERAL: Enriqueta Cabrera Cuarón. Revista Mexicana de Cultura. Suplemento de **El Nacional**. COORDINACIÓN EDITORIAL: Miguel Ángel Quemain. CONSEJO EDITORIAL: Gonzalo Celorio, Alberto Dallal, Carlos Monsiváis, Myriam Moscona, Álvaro Mutis, Elena Poniatowska, Vicente Rojo, Alberto Ruy-Sánchez. CABEZAL: Luis Almeida. Teléfono: 6288769. Fax: 7055615 y 5920263. Dirección: Ignacio Mariscal 25. Primer piso. Col. Tabacalera. C.P. 06030.